

VIVIR Y ANUNCIAR LA PALABRA

LAS PRIMERAS COMUNIDADES

II



PUERTA DE ENTRADA

1. *La palabra camina*

Como los primeros cristianos, hoy somos una pequeña minoría en un inmenso imperio que domina el mundo. No obstante, lo que más impresiona, tanto ayer como hoy, es la rapidez con que la Palabra de Dios hace su camino entre el pueblo. Nacen comunidades en todos los lugares, crece la conciencia de las personas, surgen compromisos concretos.

Un primer objetivo es obtener informaciones sobre la expansión de la Buena Noticia en los albores de la Iglesia. Queremos conocer mejor el proceso de evangelización y descubrir cómo creció la conciencia cristiana del año 30 al 70. No sólo queremos informarnos sobre los principales acontecimientos de este período; también los queremos situar en el contexto social, económico, político e ideológico del Imperio romano. Estas informaciones nos ayudarán a entender mejor la coyuntura actual.

2. *El libro de las comunidades*

El libro de los Hechos es un libro del Nuevo Testamento muy utilizado en las comunidades cristianas. Sirve de espejo para ver lo que hoy vivimos y sufrimos. Es el registro de la historia de las primeras comunidades, y también una teología de esa misma historia.

El segundo objetivo es leer y conocer mejor el libro de los Hechos de los Apóstoles, profundizarlo. Este libro nos ofrece la línea del tiempo en la que situar los demás libros dentro de su contexto. Al limpiar el espejo, esperemos que se pueda entender mejor todo lo que Dios realiza en medio de nosotros.

3. La inculturación

Hoy vivimos momentos de tensión y de transición. Aparecen nuevos desafíos y exigencias debido al renacimiento de las culturas oprimidas. En este contexto, el tercer objetivo es tener una visión global del proceso de encarnación e inculturación del mensaje cristiano en las culturas de los pueblos, como se percibe en el libro de los Hechos de los Apóstoles y en las cartas de Pablo y de Santiago, escritas entre el año 30 y 70. Nos ayudará a sensibilizarnos más en la inculturación del Evangelio.

4. Profundizar en lo cotidiano

Al que estudia mucho le gustan las grandes teorías y amplios cuadros de referencias para poder situarse en la vida e iluminar los acontecimientos. El que vive preocupado por los problemas del día a día no tiene tiempo ni interés para profundizar en las teorías. Quiere saber lo que se puede hacer aquí y ahora. No siente el gusto de estudiar la sal; prefiere condimentar la comida.

El cuarto objetivo es ver cómo Pablo, en sus cartas, fue capaz de ayudar a los hermanos y a las hermanas a clarificar el día a día de su vida. Una de las cualidades de este apóstol era la sabiduría con la que sabía combinar la amplia visión teórica de la obra de Dios en Cristo con la capacidad práctica de profundizar e iluminar los problemas cotidianos.

Los cuatro objetivos tienen como finalidad favorecer un conocimiento mejor de la evolución de las primeras comunidades cristianas en sus diferentes niveles, e iluminar nuestra situación actual, "pues todo se ha escrito para nuestra instrucción, nosotros que hemos llegado a la plenitud de los tiempos" (1 Cor 10,11).

2. Los cinco bloques y sus particularidades

La Iglesia del año 30 al 70:

1. *Las comunidades modelo*: el ideal del comienzo.
2. *La Palabra hace camino*: el primer arranque.
3. *Las iglesias en la diáspora*: la difusión entre los judíos.
4. *Las iglesias en Europa*: la difusión en el mundo helénico.
5. *"Hasta los confines del mundo"*: la Iglesia en Roma.

COMUNIDAD-MODELO (Hch 1-5)

"Por su parte, el Señor agregaba cada día los que se iban salvando al grupo de los cristianos" (Hch 2,47)

1. Los comienzos de la Iglesia

Del comienzo de las comunidades cristianas sabemos muy poco o casi nada. Los primeros cinco capítulos de los Hechos de los Apóstoles relatan apenas algunos discursos (Hch 2,14-36; 3,12-26; 4,8-12), dos o tres descripciones de la vida comunitaria (Hch 2,42-47; 4,32-35; 5,12-16) y unos

pocos acontecimientos significativos: Pentecostés (Hch 2,1- 13), la curación de un paralítico (Hch 3,1-11), el encarcelamiento y defensa de los Apóstoles (Hch 4,1-22; 5,17-33), el comportamiento en las persecuciones (Hch 4,23-31), la actitud de Bernabé, Ananías y Safira (Hch 4,36-5,11) y la opinión de Gamaliel (Hch 5,34-42).

El inicio de la vida nueva

Son pocas, pero estas informaciones reflejan algo muy importante. El inicio de la Iglesia fue el comienzo de una vida nueva que, de repente, apareció en la historia de la humanidad. Según el evangelio de Juan, el Espíritu Santo fue comunicado a los discípulos el mismo día de la resurrección de Jesús (Jn 20,22). Fue una experiencia profunda del poder de Dios. Experiencia de vida victoriosa con varios momentos fuertes, varios Pentecostés. Esta vida nueva en el Espíritu se divulgó sobre todo en Galilea, hacia donde Jesús había dicho que volvieran los discípulos (Mc 14,28; 16,7). Fue allí, en torno a la "familia de Jesús", donde fueron surgiendo las primeras comunidades. La Iglesia nació de esta experiencia comunitaria de la resurrección.

Los cuatro evangelios relatan las apariciones de Jesús resucitado. Son relatos bastante tardíos, en los que todavía se nota la perplejidad ante la novedad de la fe en la resurrección. Sin embargo, la gran aparición de Jesús al pueblo es la comunidad cristiana, cuyo ideal se describe en Hechos 1-5. Como Jesús (Lc 2,10), la comunidad es una Buena Noticia de Dios para la gente. Con ella nació una manera nueva de leer la Biblia y la voluntad firme de rehacer la historia del pueblo de Dios. Su característica es la nueva manera fraterna y solidaria de convivir (Hch 2,42-47; 4,32-35). De esta forma, realiza el ideal de la ley del Antiguo Testamento, es decir, "entre vosotros no puede haber pobres" (Dt 15,4). Su manera de vivir y convivir cuestionaba a los hombres del poder y, por eso, era perseguida. Gracias a la experiencia de la resurrección, en vez de desánimo, las persecuciones suscitaban mayor coraje y deseo de anunciar el Evangelio.

Modelo para los que vinieron después

El interés de Lucas no era describir cómo fue la vida de las comunidades, sino cómo debe ser. Quiso ofrecerles un modelo de fidelidad al ideal que animó a los Apóstoles. Hace como el autor del libro del Génesis, que proyectó en el pasado, en el paraíso terrenal (Gn 2,8-25), el ideal comunitario para el futuro. Con la descripción idealizada de las comunidades de los primeros cristianos, invita a los lectores y lectoras a participar de "camino" para transformar la nostalgia del comienzo en esperanza para todos. Usa la palabra "camino" para designar la nueva manera de ser y hacer de las comunidades (cf. Hch 9,2; 16,17; 18,25.26; 19,9.23; 22,4; 24,14.22).

LIBRO DE LOS HECHOS DE LOS APÓSTOLES

El libro se llama "Hechos" porque narra los hechos y la práctica de las primeras comunidades después de la despedida de Jesús. El libro de los "Hechos" acentúa además las dificultades que tuvieron las comunidades para enfrentarse no sólo a las amenazas que venían del judaísmo y del paganismo, sino también a los retos y crisis internas. Plantaban cara a la sinagoga y al Imperio y a sus propias divisiones y conflictos (Hch 20,29-31). ¡No era nada fácil! Por ese motivo, el libro de los Hechos es como un mapa para la vida de las comunidades actuales, amenazadas por la violencia económica, social, política, religiosa, ideológica y cultural.

Autor y fecha

Hechos es la segunda parte de una obra literaria que engloba el evangelio de Lucas y los Hechos de los Apóstoles. Los dos se atribuyen a la comunidad representada por Lucas. Hechos es la

continuación natural de las narraciones que contiene el evangelio de Lucas.

El nexo de los dos libros es la resurrección de Jesús. Lo que daba fuerza a las comunidades en el camino era esta afirmación: "Jesús ha resucitado" (Hch 1,3-4). Veían en la resurrección el cumplimiento de todas las promesas que Dios había hecho a lo largo de todo el Antiguo Testamento (Lc 24,49-53). Era el mayor acontecimiento en la vida de los que esperaban la realización de esas promesas liberadoras de Dios. Pero la resurrección no significaba que se estaban haciendo realidad las esperanzas apocalípticas de una instauración inmediata del Reino (cf. Hch 1,6). ¡Al contrario! El Reino se va construyendo lentamente, y su crecimiento vendrá por el trabajo y el testimonio de los seguidores y seguidoras de Jesús (Hch 5,42). Gracias a la resurrección, el Espíritu Santo actúa continuamente en medio de las comunidades (cf. Hch 2,33.38; 4,31), y anima la práctica de los seguidores y seguidoras de Jesús. A través de la práctica, la Palabra de Dios camina entre la humanidad hasta nuestros días.

El libro de los Hechos muestra una preocupación que ya está presente en el evangelio de Lucas. El texto evangélico quiere transmitir informaciones de todo lo que había sucedido con Jesús (Lc 1,3). En Hechos, el objetivo es mostrar el cumplimiento de las promesas hechas al pueblo por la acción del Espíritu Santo, memoria viva de las comunidades. El Espíritu es una presencia celebrada y vivida en el día a día de las comunidades. Los dos libros, Evangelio y Hechos, pretenden mostrar que Jesús continúa actuando por medio del Espíritu. El Espíritu Santo es el mismo Espíritu de Jesús resucitado.

El libro de los Hechos parece que es un relato histórico de las actividades de los hombres y mujeres empeñados en propagar la Palabra de Jesús. De hecho, se trata de una lectura teológica de la historia de las primeras comunidades. No se puede considerar como una historiografía de la Iglesia primitiva. A algunos apóstoles, como Pedro y Pablo, se les tiene más en cuenta y sus pasos se relatan en detalle. ¡De los otros apóstoles el libro habla poco o simplemente se calla!

Esta historia teológica engloba los primeros 30 años de la marcha de las comunidades. Se extiende desde la desaparición de Jesús hasta la llegada de Pablo a Roma. Pisa la capital del mundo, por primera vez, como un prisionero, aunque con alguna libertad mientras aguarda el juicio. Debe de haber sucedido alrededor del año 70 d.C. (cf. Hch 28,30-31). No sabemos por qué el libro se paró en este acontecimiento. El testimonio de Pablo en Roma confirma que la Palabra llegó "hasta los confines de la tierra" (cf. Hch 1,8). De cualquier modo, la comunidad de Lucas creía que era bueno guardar estos hechos y contar el inicio del camino de la Iglesia.

Cuando el libro nació, juntamente con el evangelio de Lucas, la Iglesia se estaba enfrentando a serias dificultades. Nos encontramos entre los años 80 y 90 d.C. Todos los grandes líderes de la era apostólica ya habían muerto. Estaba sucediendo la trágica separación entre judíos y cristianos. El Imperio comienza a perseguir a las comunidades.

Pero no son sólo estos acontecimientos externos los que amenazan a las comunidades. Tenían crisis internas, por causa del crecimiento, por la aparición de líderes nuevos y por los paganos que entraban a formar parte del grupo de los cristianos. Ante esa situación, las comunidades buscan la memoria de los hechos del pasado como navegantes que, ante un mar desconocido, leen con atención las informaciones que han dejado los que ya conocen ese mismo mar.

3. División del libro

Como el evangelio de Lucas, el libro de los Hechos comienza con un Prólogo dirigido al mismo Teófilo (Hch 1,1.5). En el Prólogo encontramos los objetivos del libro: la misión de Jesús continúa en el trabajo de sus seguidores y seguidoras. La Palabra de Dios, impulsada por el Espíritu Santo, está en un proceso de expansión que parte de Jerusalén y llega hasta los confines de la tierra.

Primera parte (Hch 1,12-15,35): La comunidad-modelo

Aquí se describe el camino de la palabra después de la partida de Jesús. Muestra la vida de las comunidades en sus orígenes y llega hasta el encuentro conocido como "Concilio de Jerusalén". La narración engloba:

- La desaparición de Jesús (Hch 1,6-11).
- La vida de la comunidad-modelo de Jerusalén (Hch 1,12-7,60).
- El camino de la Palabra hacia fuera de Judea (Hch 8,1-40).
- La conversión de Pablo (Hch 9,1-31).
- Las actividades de Pedro: la conversión de Cornelio (Hch 9,32-11,18).
- La iglesia de Antioquía (Hch 11,19-30).
- Una persecución que conduce a la expansión (Hch 12,1-25).
- El primer viaje misionero de Bernabé y Pablo (Hch 13,1-14,28).
- El tema de los convertidos del paganismo y el Concilio (Hch 15,1-35).

Segunda parte (Hch 15,36-28,31): El apóstol-modelo

El libro acompaña a Pablo en sus viajes. Con él la Palabra de Dios llega "hasta los confines del mundo..." La narración engloba:

- Los viajes de Pablo por Asia y por Europa (Hch 15,36-21,17).
- El arresto de Pablo en el templo de Jerusalén (Hch 21,18-40).
- El proceso contra Pablo y sus años de prisión (Hch 22,1-26,30).
- El viaje marítimo hacia Roma (Hch 27,1-28,16).
- El arresto domiciliario mientras espera el juicio (Hch 28,17-31).

Claves de lectura

1. El camino de la Palabra

En Hechos hay una especie de estribillo que da unidad al libro: "La Palabra se extendía..." (cf. Hch 5,42; 6,7; 8,4.25; 9,31; 12,24; 13,49; 15,36; 19,20; 28,31). Esta serie de pasajes muestra que uno de los objetivos del libro es narrar la evangelización dentro de un proceso progresivo de expansión. Hechos quiere mostrar que el mensaje de Jesús crecía, se extendía y avanzaba. Muestra la preocupación por transmitir datos numéricos que confirman la progresión de la Palabra (Hch 2,42; 2,47; 4,4; 5,14; 6,1.7; 11,21-24; 16,5). La Palabra avanza en el camino. El camino es la comunidad que da testimonio en un ambiente hostil, pero que tiene que estar presente en todos los tiempos y lugares (Hch 1,8; 28,31).

2. El verdadero sentido de la historia

Lucas presenta su obra como una zambullida que penetra a fondo en el sentido de toda la historia del pueblo de Dios. El sentido último y verdadero de la historia del pueblo es la resurrección de Jesús. La resurrección es la realización de todas las promesas que Dios ha hecho al pueblo, desde la llamada a Abrahán, pasando por Moisés y todos los profetas (Hch 2,16.30.39; 3,13.22-25; 8,30-35). Para revelar el sentido último de la historia, que es Cristo resucitado, Lucas utiliza las Escrituras para clarificar los acontecimientos que aún no han sido comprendidos por la comunidad. Hace con el libro de los Hechos lo mismo que hizo Jesús con los discípulos de Emaús: "Y empezando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que de Él decían las Escrituras" (cf. Le 24,25-27).

Se presenta el sentido pleno de la historia en grandes discursos, como los de Pedro (Hch 2,14-36; 3,11-26), el de Esteban (Hch 7,2-53) o el de Pablo (Hch 13,16-41). La interpretación teológica de la

historia, elaborada para animar a las comunidades y darles la visión de fe de que Dios es el Señor de toda la historia, muestra que vivimos el "tiempo de la Iglesia". Su misión, animada por el Espíritu, es difundir la Palabra por el mundo entero.

3. La irrupción de lo nuevo

El evangelio de Lucas testimonia una novedad: los seguidores de Jesús forman el nuevo Israel (cf. Lc 13,29-30). Por ese motivo, después de la traición de Judas, se escoge a Matías para rehacer el número de los doce patriarcas de la nueva alianza (cf. Hch 1,22). Al mismo tiempo, la nueva forma de ser fiel a Dios comienza a germinar en Jerusalén, la ciudad de la Alianza, pero en un espacio fuera del antiguo templo. Lo nuevo surge en las comunidades, reunidas en comunión fraterna, en la oración, en la fracción del pan y de los bienes. Los seguidores y seguidoras de Jesús viven esta novedad ante el pueblo, y el testimonio de la Palabra afecta gradualmente al mundo entero (Hch 19,20). La comunidad reunida es el verdadero templo de Dios (Hch 1,12-14; 2,42-47; 4,23-31).

4. Lo nuevo nace en medio de los conflictos

Toda novedad atrae simpatías (Hch 2,44), pero también muchas antipatías por parte de aquellos que pierden el dominio que tenían sobre las personas. Las autoridades quieren sofocar inmediatamente esta novedad (Hch 4,1-23) También en la propia comunidad había personas que no querían vivir la propuesta nueva en su radicalidad. Intentan engañar, reteniendo las cosas para sí mismas (cf. Hch 5,1-11). No se dan cuenta de que no sólo están engañando a la comunidad, sino también al propio Dios, desafiando la acción del Espíritu (cf. Hch 5,4.9).

Las dos vertientes de amenazas hacen que la comunidad corra grandes riesgos. Por un lado, estaba la tentación de huir de la persecución. Por otro, las disputas internas disminuían la fuerza del mensaje del Evangelio. Los cristianos no traducían en gestos concretos su fe en Jesús, y se burlaban de las exigencias más radicales, como Ananías y Safira.

5. El reto de la inculturación

La comunidad había nacido en medio del pueblo judío. Vivía su fe dentro del cuadro cultural del judaísmo. Sin embargo, muy pronto comenzó a preguntarse: ¿Evangelizar significa transmitir la fe envuelta en determinados valores de la cultura judía? ¿Cómo transmitir la fe penetrando culturas e historias diferentes? ¿Cómo ser fiel al mensaje de Jesús sin negar las diferentes culturas? El Evangelio se anunciaba con fuerza transformadora, pero no podía dejar de lado las culturas. ¿Cómo se podía vencer este desafío?

Hechos de los Apóstoles muestra que las distintas barreras culturales se fueron superando, pero con mucha resistencia por parte de los grupos más conservadores. La Palabra, en su camino, rompió barreras culturales enormes. Primero acabó con la barrera entre judíos y samaritanos (Hch 8,5-8.25). Acto seguido, un esclavo negro, eunuco al servicio de la reina de Etiopía, es evangelizado y bautizado (Hch 8,26-40). Gracias a este esclavo fueron superadas las barreras de pueblos (es etíope), de razas (es negro), de preceptos legales (es eunuco) y de clases sociales (es esclavo). El Evangelio llegó primero al África negra por la evangelización de un empleado.

El episodio central que demostraba que ya había sido superado el reto de la inculturación está en la conversión de Cornelio (Hch 10,1-47). Es un centurión romano, simpatizante de la religión judía. Pedro, como representante de la comunidad, acoge a este pagano. Antes se había convertido personalmente, venciendo prejuicios profundamente arraigados en su manera de ser judío cumplidor de los preceptos legales (cf. Hch 10,15). La conversión de Cornelio provocó un conflicto grave en la comunidad, que terminó en un encuentro conocido como Concilio de Jerusalén.

Tenemos otros ejemplos, como el de Pablo en el areópago de Atenas predicando a partir de los textos de la cultura griega (Hch 17,28). No obstante, cuando está por medio la vida y la libertad humana, el Evangelio no puede dejar de denunciar el error y la desviación de esa cultura. Pablo y Bernabé no se dejan aclamar como dioses (Hch 14,11-13). Pablo no permite que la joven esclava sea explotada por los patrones (Hch 16,16) y no acepta la imposición de los orfebres de Éfeso (Hch 19,23-40).

6. La difícil convivencia con el Imperio

En Hechos se puede percibir la preocupación de Lucas: evitar el conflicto abierto con Roma. Puede que signifique el miedo de las comunidades ante la fuerza del Imperio. De hecho, los seguidores de Jesús tratan con cierta simpatía a los romanos. Pablo se declara un ciudadano de Roma y exige el juicio en esta ciudad, como un derecho suyo (cf. Hch 16,35-39; 22,22-29). Está claro que las comunidades temen la persecución y el libro intenta decir que el Imperio nada tiene que temer de ellos.

Por esta razón, Hechos muestra que un oficial romano abraza la fe (Hch 13,12). El gobernador de Corinto no quiere condenar a los cristianos (Hch 18,14-17). Las autoridades romanas de Filipos reconocen su error por haber detenido a Pablo (Hch 19,40). Cuando Pablo entra en conflicto con los judíos en Jerusalén, dos oficiales romanos reconocen que no es un subversivo (Hch 21,38; 23,29), y el propio gobernador de Judea acepta su inocencia (Hch 25,25-26; 26,32).

Pero el libro no esconde que, a pesar de esta benevolencia por parte de las autoridades del Imperio, el conflicto entre Roma y la Iglesia es un hecho, y que la situación de los cristianos en la época en que se escribe el libro no es buena. Existen procesos contra ellos y hay varias acusaciones: alborotan las ciudades (Hch 16,20), revolucionan el mundo (Hch 17,6), están contra las leyes del Imperio porque reconocen sólo a un rey, Cristo (Hch 17,7), y predicán nuevas divinidades extranjeras (Hch 17,18).

7. Pablo, apóstol-modelo

De la misma forma que se presenta una comunidad-modelo, nace también una figura que simboliza todo el trabajo evangelizador realizado por un gran número de apóstoles, varones y mujeres. El "Pablo" que se presenta en Hechos es distinto del Pablo histórico, que podemos conocer por las cartas. En el libro de Hechos, es un misionero-símbolo de una tarea evangelizadora, abierto a los judíos y al Imperio romano, y que lleva la Buena Noticia de Jesús hasta los confines del mundo.

Lucas hace un retrato del apóstol y muestra que es un hombre con poderes extraordinarios (Hch 20,4), unido a Pedro y a los Doce (Hch 9,26-29), que actúa siempre por encargo de la comunidad (Hch 13,3), que trabaja para su propio sustento (Hch 18,3). La preocupación de Lucas es demostrar a sus contemporáneos las cualidades de un misionero y de un pastor. Pone en boca de Pablo un discurso en el que dicho retrato es más nítido (Hch 20,17-38): el verdadero misionero es aquel que se pone al servicio del Señor, es testigo de la Palabra de Dios y anuncia el Evangelio (Hch 20,19-20). En la misión se enfrenta con amenazas y dificultades (Hch 20,24). Debe buscar siempre el bien de cada comunidad y no considerarla como su propiedad (Hch 20,28); la ayudará a plantar cara a los peligros externos y a las divisiones internas (Hch 20,29-30). No puede ser un peso para la comunidad, trabajará con sus propias manos (Hch 20,35). Todos deben buscar fuerzas para el ejercicio de esta misión en la oración comunitaria (Hch 20,36).

Conclusión: un libro para nuestros días

Hechos fue escrito hacia el año 80/90 d.C. Nacía una nueva generación de cristianos que no

conocían a los antiguos apóstoles. Eran personas nuevas que podían afrontar los retos con más coraje, pero también podían desvirtuar el Evangelio de Jesús. Estas cuestiones creaban problemas y preguntas para las comunidades de aquella época. Es lógico que el libro tenga, pues, una preocupación: dar respuesta a los retos impuestos en aquel momento determinado.

Éste es el valor de Hechos para nosotros, hoy. Si Lucas escribió con los ojos bien abiertos a la realidad de su época, nosotros también debemos leer el libro con los ojos bien abiertos a la realidad que nos toca vivir. ¿Estamos atentos a lo que pasa hoy en nuestros grupos, en nuestras comunidades parroquiales o religiosas, en la Iglesia de nuestro país y en toda la Iglesia universal? ¿Valoramos a las personas que testimonian hoy la Palabra en medio de las dificultades? ¿Sabemos cuáles son los hechos -la práctica- de nuestros apóstoles, varones y mujeres de hoy? ¿Qué podemos aprender de la marcha de nuestra Iglesia ante los desafíos impuestos por la sociedad violenta, injusta, egoísta, materialista, machista en la que vivimos?

Con María, la madre de Jesús

I. La práctica de la lectura orante en el origen de la Iglesia

En torno al año 85, Lucas escribe su obra en dos volúmenes: evangelio y Hechos. El evangelio termina mostrando cómo Jesús interpreta las Escrituras a los discípulos de Emaús (Lc 24,13-35) y abre la mente de los apóstoles para que también las puedan entender (Lc 24,45). El comienzo del libro de los Hechos muestra cómo los apóstoles imitan el ejemplo de Jesús y buscan en la Escritura la luz que ilumine su camino.

A continuación del prólogo (Hch 1,1-5), se narran tres acontecimientos: 1) La despedida de Jesús, donde se acentúa la ignorancia y la perplejidad de los discípulos (Hch 1,6-11). 2) El encuentro de oración de los apóstoles y hermanos de Jesús con María; todos juntos aguardan la venida del Espíritu Santo (Hch 1,12-14). La reunión mayor, en la que 120 discípulos, guiados por la luz de la Escritura, escogen al nuevo apóstol (Hch 1,15-26). Los tres acontecimientos están unidos entre sí: la despedida de Jesús provoca el encuentro de oración, y éste se prolonga en la reunión de las 120 personas. Veamos de cerca los dos últimos acontecimientos.

El encuentro de oración con María, la madre de Jesús (Hch 1,12-14)

A María se le da una importancia especial. Desde el comienzo del evangelio, se la presenta como la persona que mejor realiza la meditación y la interiorización de la Palabra. Recibe el elogio del propio Jesús: "Dichosos los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica" (Lc 11,28). María conserva y medita todo lo que pasa (Lc 2,19.51). Lo hace con lo que está escrito en la Biblia. Lo hace de tal forma que ya no se distingue entre lo que es Palabra de Dios y lo que es Palabra de María (Lc 1,46-55). No siempre ve las cosas con claridad. Muchas veces la Palabra es fuente de duda y de sufrimiento (Lc 1,29.34; 2,35.48). Pero insiste e investiga y, por eso, al final, descubre lo que Dios quiere en los acontecimientos y en las experiencias de su vida: "Que me suceda según dices" (Lc 1,38).

Ahora, cuando la Iglesia da sus primeros pasos, María aparece como el nexo entre dos grupos: los hermanos de Jesús y los apóstoles (Hch 1,14). Cuando Lucas escribe, en el año 85, la Iglesia vivía graves problemas de división interna. Había varias corrientes. La división principal era entre los simpatizantes del judaísmo, centrados alrededor de los "hermanos de Jesús", y los cristianos que venían de la gentilidad, centrados alrededor de los apóstoles. Lucas tiene en cuenta esta división y presenta los comienzos de la Iglesia de tal manera que constituya una llamada a la unidad de sus lectores y lectoras: "Todos perseveraban unánimes en la oración" (Hch 1,14). El nexo de unión entre los dos grupos es "María, la madre de Jesús" (Hch 1,14). María aparece en actitud de oración para que se cumpla la promesa y venga el Espíritu que posibilita el nacimiento de la Iglesia y revela

el sentido de las palabras de Jesús en la vida de las comunidades (Jn 14,26; 16,13). Contribuye a que la comunidad haga realidad el ideal de ser "unánime", "un solo corazón y una sola alma". Al comienzo del evangelio, se había convertido en madre de Jesús por la obediencia a la Palabra. Ahora, al comienzo de Hechos, se convierte en madre de la Iglesia por la misma actitud de oración ante la Palabra. El encuentro de oración de la comunidad con "María, la madre de Jesús" es el telón de fondo del uso que hace Pedro de la Biblia en la reunión de los 120 discípulos y discípulas. Los aspectos que caracterizan al grupo reunido en oración son tres: están en una actitud de espera, tienen los mismos sentimientos y perseveran en la oración (Hch 1,14).

La lectura orante de los 120 discípulos y discípulas (Hch 1,15-26)

1. El orden del día de la reunión

Pedro comienza con una reflexión sobre los acontecimientos recientes, es decir, la traición de Judas y su muerte (Hch 1,16-20). Intenta explicar su significado con la ayuda de la Biblia. Dice que en ellos se ha cumplido la Escritura (Hch 1,16), y los sitúa en el plan de Dios. Después, saca la conclusión y muestra el compromiso que les pide la Escritura: escoger a alguien para que sea testigo de la resurrección (Hch 1,21-22). Al final, no es Pedro el que asume la tarea, sino la comunidad (Hch 1,23-26); y lo hacen recurriendo a la oración.

Aquí está el esquema:

- 1) partir de la realidad, de los problemas;
- 2) lectura de la Biblia para iluminar los problemas;
- 3) oración para cumplir lo que la Palabra pide.

Lucas abre un paréntesis para decir que el número de participantes en la reunión era de 120 personas (Hch 1,15). El número 120 es simbólico. Evoca las doce tribus de Israel. ¡Son diez veces doce! Es la representación perfecta y acabada del pueblo de Dios. El nuevo Israel comienza en esta reunión.

2. Mirando más de cerca los pasos de la reunión de la comunidad

- La lectura de los acontecimientos a la luz de la Biblia (vv. 16-20)

La traición y la muerte de Judas eran conocidas. Debe de haber sido una muerte extraña que provoca comentarios entre la gente. Los cristianos procuran entender lo que pasó con ayuda de la Biblia. No todos usaban los mismos textos. La comunidad de Mateo (Mt 27,9) recurría al texto de Zacarías (Zac 11,12-13) y de Jeremías (Jr 32,6-15). En la reunión, Pedro utiliza textos del libro de la Sabiduría (Sab 4,19) y de los Salmos (Sal 69,26 y Sal 109,8). Lo importante no es saber si usaban este o aquel texto, sino el hecho de que recurrían a la Palabra de Dios para iluminar y entender los acontecimientos y su significado. Cuando hay oscuridad, puedes utilizar luz amarilla o blanca, no importa. Se ve de la misma forma, pero el ambiente será un poco diferente. La diferencia de los textos usados por unos y por otros no cambia los acontecimientos.

- El mensaje del texto (vv. 21 -22)

A la luz de la Biblia, los acontecimientos revelan el plan de Dios: "Es necesario que uno de los que nos acompañaron... entre a formar parte de nuestro grupo para ser con nosotros testigo de la resurrección de Jesús". La expresión "es necesario" la usa también Jesús en el encuentro con los discípulos de Emaús: "¿No era necesario que el Mesías sufriera?" (Lc 24,26). Nos indica que el acontecimiento forma parte del plan de Dios. La Biblia ayudó a entender que Judas debía ser sustituido por otro, por obediencia a la voluntad divina.

La Biblia revela la tarea pero no da recetas. En la ejecución, lo que vale es la experiencia. Pedro saca las conclusiones que orientan para la elección del sustituto de Judas (Hch 1,21-22).

- *ha ejecución de la tarea (vv. 23-26)*

A la hora de actuar, los discípulos usan la cabeza y el corazón. Todos los participantes de la reunión se preocupan por la solución del problema. La comunidad es la que presenta a los candidatos.

A continuación, rezan de nuevo para que el Espíritu esté presente en las deliberaciones que harán para encontrar al que va a reemplazar a Judas. El ambiente era de oración (Hch 1,14). En ese momento hacen una oración espontánea.

El método que usan para escoger al candidato nos resulta extraño, pero era el que se utilizaba en aquel tiempo. Hoy lo haríamos por votación democrática, lo cual sería extraño para ellos.

Resumen

Los siguientes elementos aparecen en la lectura orante que hacen los apóstoles:

1. Atención a la realidad. Tienen en cuenta los hechos que los desafían y alimentan el deseo de ver en ellos la voluntad de Dios.
2. Respeto por el texto bíblico. Conocen la Escritura. "Pedro sabe dónde encontrar los textos y cómo traerlos a la reunión.
3. El ambiente comunitario es de oración. Quieren ser una comunidad, tener los mismos sentimientos, tener un mismo corazón y una sola alma. Es lo que los mantiene unidos, a pesar de las diferencias. Aunque el ambiente general es de oración, tienen también un momento especial de oración.
4. Para llevar a cabo la tarea que han descubierto con la ayuda del Espíritu, usan la cabeza y el corazón y promueven la participación de todos.

La acción del Espíritu Santo en el nacimiento y en la vida de las comunidades

I. La acción del Espíritu Santo en la humanidad y en la vida del pueblo de Dios

El Espíritu Santo es como el viento, como el aire (Jn 3,8). Despliega su fuerza de un extremo a otro de la tierra (Sab 8,1). Está en todos los seres humanos como hálito de vida (Gn 2,7). Cuando desaparece, se nubla la vida (Sal 104,29). Tiene fuerza creadora (Sal 104,30) y consigue dar vida a los huesos secos de la muerte (Ez 37,1-14). En el día de la creación, aleteaba sobre las aguas y llenaba de fuerza la Palabra creadora (Gn 1,2).

Desde los orígenes, el Espíritu está presente en la vida y en la historia del pueblo de Dios y lo guía por el desierto hasta la tierra prometida (Nm 11,25-29). Orienta a Moisés en las decisiones (Nm 17,16; 27,16; Dt 34,9). Promueve profetas, y los lleva a enfrentarse a los reyes y a denunciar los errores de los poderosos (Miq 3,8; Ez 2,2; Is 42,1). Orienta los pasos de los sabios para encontrar la sabiduría divina extendida por el universo (Sab 7,22-8,1). Muchas veces han intentado manipularlo, pero no lo han conseguido (Dt 18,19-22; Jr 14,13-16). ¡Es libre!

La Palabra de Dios se hace carne (Lc 1,35). Alegra a María e Isabel (Lc 1,41). Desciende sobre Jesús en el momento del bautismo (Mc 1,10). Lo unge para la misión de Mesías (Lc 4,18). Lo conduce al desierto (Lc 1,12). Con la fuerza del Espíritu. Jesús vuelve a Galilea y comienza la acción evangelizadora (Lc 4,14). El Espíritu llena de alegría a Jesús cuando ve que los pobres aceptan la Palabra de Dios (Lc 10,21). Jesús promete el Espíritu como el gran don mesiánico (Hch 1,5,8; Lc 24,49; Jn 14,26; 16,13). El Espíritu cumple la profecía de Joel (Hch 2,17-18). "¡Ojalá que todo el pueblo profetizara y el Señor infundiera en todos su Espíritu!" (Nm 11,29).

Es el mismo Espíritu que, en el día de Pentecostés, inaugura la nueva humanidad (Hch 2,4.33; 4,31). El Espíritu de Jesús es el que, a partir de ahora, anima la vida y la historia de las comunidades. Dirige realmente todos sus pasos.

II. La acción del Espíritu de Jesús resucitado en la vida de las comunidades

El Espíritu transformó a los apóstoles en el día de Pentecostés. Antes eran miedosos (Jn 20,19); ahora abren las puertas y se enfrentan a la multitud (Hch 2,14). Antes se conformaban con la decisión del gobierno que mató a Jesús (Lc 24,20); ahora dicen: "Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres" (Hch 5,29). Antes, Pedro había negado a Jesús ante una sirvienta (Le 22,56); ahora da un testimonio valiente ante la multitud (Hch 2,32).

El Espíritu está presente en las comunidades y trae alegría y consuelo en medio de las dificultades (Hch 9,31; 13,52). Orienta en los momentos decisivos de la historia: en la entrada de los gentiles (Hch 11,15; 10,44-45.47; 15,8), cuando hay que tomar la iniciativa de la misión y enviar a los misioneros (Hch 13,2.4), en el momento de la persecución, ante los tribunales (Me 13,11; Hch 4,31).

Está presente en los que coordinan las comunidades (Hch 20,28): en los apóstoles (Hch 5,32; 15,28), en los diáconos (Hch 6,3). Por ejemplo, en Pedro cuando, lleno de coraje, se enfrenta a las autoridades (Hch 4,8); cuando toma la decisión de bautizar a los primeros gentiles (Hch 10,9; 11,12) y no dar importancia a la ley de Moisés (Hch 15,8). Anima a Pablo cuando se enfrenta al mago Elimas (Hch 13,9), o cuando vuelve a Jerusalén, donde será arrestado, después de su último viaje (Hch 20,22-23).

Está presente en los misioneros que anuncian la Buena Noticia (Hch 13,4). Los acompaña en los viajes (Hch 16,6-7) tanto en la ida como en la vuelta (Hch 20,22-23). Organiza el encuentro misionero entre Felipe y el etíope (Hch 8,29.39). Actúa en Esteban, hasta el punto de que nadie consigue resistir a sus palabras (Hch 6,5.10; 7,55). Se hace presente en otras muchas personas: en Bernabé, enviado para coordinar la primera comunidad entre los paganos (Hch 11,24). En Agabo, el profeta que anuncia hambre para la región (Hch 11,28) y prisión para Pablo (Hch 21,11). En Ananías cuando recibe a Pablo en la comunidad (Hch 9,17). En las cuatro hijas de Felipe que profetizaban (Hch 21,9). Antes había estado presente en María (Lc 1,35) y en Isabel (Lc 1,41).

El Espíritu es mayor que las instituciones. ¡Es libre! No siempre obedece las leyes y las costumbres de la Iglesia y hace que los cristianos despierten con acciones que vienen de los no creyentes. Por ejemplo, se manifiesta a Cornelio, incluso antes del bautismo (Hch 10,44-48), y a Apolo cuando sólo tenía el bautismo de Juan Bautista (Hch 18,25). Hoy, despierta a muchos cristianos para la dimensión social, política y económica del amor al prójimo. El Espíritu no está únicamente en la Iglesia, ¡se extiende por toda la tierra! (Sab 8,1; Sal 104,29). Es como el viento: sabes de dónde viene, pero no sabes adonde va (Job 3,8). El Espíritu actúa con libertad.

Uno de los mayores pecados es resistirse al Espíritu (Hch 7,51), tentarlo (Hch 5,9), engañarlo (Hch 5,3), pretender comprarlo (Hch 8,19). El Espíritu ni se compra ni se vende (Hch 8,20); se consigue con oración (Lc 11,13). Se comunica de muchas maneras, por ejemplo, con la imposición de manos (Hch 8,17-18; 19,6), por la conversión y el bautismo (Hch 2,38), por la oración (Hch 8,15).

Si traducimos todo esto a la vida de las comunidades, podemos decir que el Espíritu manifiesta su presencia por medio de iniciativas y del testimonio de las comunidades, de las celebraciones de la Palabra y de los sacramentos, de las reuniones y de los encuentros, de los conflictos y de las persecuciones, de las decisiones que se toman en las comunidades, de los animadores, de la lectura e interpretación de la Biblia. Hasta ahora, sus siete dones (Is 11,2-3), orientan a las comunidades y animan a las personas. Todo lo que pasa en la vida y en la historia del pueblo de Dios es fruto de la acción invisible del Espíritu.

La acción del Espíritu en nuestra vida por medio de la Biblia

La Biblia es la gramática que nos ayuda a entender lo que el Espíritu nos habla a través de la vida. ¡Pero no sirve cualquier lectura de la Biblia! Sólo la que esté unida con la vida y la historia del pueblo de Dios. La Biblia sin la comunidad es como la rama cortada del árbol. ¡Está seca! La lectura que se separa de la vida de la comunidad hace que la vida se seque. Lo podemos decir con palabras de Pablo: "La letra mata. El Espíritu es el que da vida" (2 Cor 3,6).

¿Qué significaba y qué significa que la "letra mata"? Que no se quería percibir que la historia del Antiguo Testamento estaba orientada a desembocar en Jesucristo (2 Cor 3,13). Significa encerrarse en su propio mundo, dentro de la ideología dominante, y no querer ver que en nuestra historia existe el hilo de oro de la acción de Dios que orienta hacia la vida en plenitud.

¿Qué significaba y qué significa que "el Espíritu da vida"? Significaba leer el Antiguo Testamento a la luz de la resurrección de Jesús, presente en la comunidad y en los ojos del lector (2 Cor 3,14-16). Significa tener conciencia de que la Biblia ha sido escrita en la misma comunidad de la que formamos parte y en la cual actúa también el Espíritu. Cuando leemos la Biblia, el mismo Espíritu nos ayuda a mirar la realidad con ojos de fe. Sin Él no es posible descubrir el sentido que la Biblia tiene para nosotros (Jn 16,12-13; 14,26). Nos revela el sentido "espiritual".

¿Con qué podemos comparar la acción del Espíritu Santo?

La acción del Espíritu Santo que está en el origen de la Biblia se puede comparar con la lluvia: cae de lo alto, empapa la tierra y despierta a la semilla que produce la planta (Is 55,10-11). La planta es fruto, a la vez, de la lluvia y de la tierra, del cielo y de la tierra. La Biblia es fruto, al mismo tiempo, de la acción del Espíritu y de nuestro esfuerzo. Es Palabra del Dios del pueblo y palabra del pueblo de Dios.

La acción del Espíritu en la Biblia y por medio de ella es como un metro cúbico de agua en un gran río. El metro cúbico no puede analizarse independientemente del resto del agua del río. La acción del Espíritu en la Biblia y por la Biblia no puede ser analizada sin tener en cuenta su presencia universal en el mundo, en la Iglesia y en la vida.

La acción del Espíritu se puede comparar con el sol: sus rayos invisibles calientan la tierra y hacen que las plantas crezcan de abajo arriba. Se puede comparar con el viento que no se ve. La Biblia es el fruto invisible del viento de Dios que mueve a los hombres y a las mujeres a actuar, a hablar y a escribir.

Alguien puso una vez una comparación: "La acción del Espíritu es como el basurero. Los niños van allí y prenden fuego a la basura, que se quema durante días y días. Llueve. Parece que se ha apagado. Pero al día siguiente aparece el humo. El fuego continúa allí. Viene el camión y descarga más basura. Al día siguiente la nube de humo es la prueba de que el fuego continúa escondido dentro de la montaña de basura". El Espíritu Santo es el fuego de Dios en el basurero de la humanidad. ¡Nadie puede apagarlo!

La comunidad-modelo de los primeros cristianos

¿Cómo debe ser una comunidad cristiana para que sea signo de vida nueva? El Nuevo Testamento nos ofrece varios modelos. El álbum de la familia de Dios tiene muchas fotografías. Por ejemplo, el evangelio de Mateo trae una propuesta en el discurso de la comunidad (Mt 18,1-35) y otra en el sermón de la montaña (Mt 5-8). Marcos describe un proyecto de comunidad con una serie de episodios que revelan el objetivo de la Buena Noticia en la vida del pueblo (Mc 1,16-45). Lucas, por su parte, propone un modelo cuando describe la vida de los primeros cristianos. Es un modelo que

se sostiene sobre cuatro columnas: "Todos ellos perseveraban en la enseñanza de los apóstoles y en la unión fraterna, en la fracción del pan y en las oraciones" (Hch 2,42). Vamos a examinarlo en profundidad.

1ª Columna: Enseñanza de los apóstoles

Indica el nuevo cuadro de referencias de la vida comunitaria. La enseñanza es la nueva interpretación de la vida y de la Biblia, transmitida por los apóstoles a través de la experiencia de la resurrección. Como Jesús, los cristianos tuvieron el coraje de romper con las enseñanzas de los escribas. En vez de seguir las enseñanzas de los maestros de la época, siguen ahora la doctrina de doce trabajadores sin instrucción (Hch 4,13).

El nuevo liderazgo de los apóstoles no les ha venido de la tradición o de la raza, ni del poder o de la fuerza, ni de algún curso o diploma, sino de los signos que realizan en la comunidad (Hch 2,43; 4,33; 5,12.15-16) y de las "órdenes" dadas por Jesús a María Magdalena, a los 120 discípulos, a las mujeres, a los discípulos en el monte (Mt 28,18-20; Mc 16,15; Lc 24,44-49; Jn 20,23; 21,17). Sin embargo, la comunidad les cuestionaba en el ejercicio de esta autoridad (Gal 2,11-14; Hch 11,3). Debían dar explicaciones (Hch 11,4-18).

2ª Columna: La unión fraterna

Indica el nuevo ideal de la vida comunitaria. La comunión [*koinonía*] nace del Padre (1 Jn 1,3), del Hijo (1 Cor 1,9) y del Espíritu Santo (2 Cor 13,13; Flp 2,1) y se traduce en la comunión de los bienes. Los primeros cristianos ponían todo en común, hasta el punto de que ya no había necesidades entre ellos (Hch 2,44-45; 4,32.34-35). De esta forma, cumplían la ley de Dios que decía: "No habrá pobres entre los tuyos" (Dt 15,4). La comunión indicaba la actitud del que no se consideraba dueño de lo que poseía, sino que tenía el coraje de compartir sus bienes con los otros (Rom 15,26; 2 Cor 9,13; Flm 6 y 17).

El ideal de la comunión era llegar no sólo a compartir los bienes. Se compartía también los sentimientos y la experiencia de vida, hasta el punto de que todos sentían y pensaban lo mismo (Hch 4,32; 1,14; 2,46). Llegar a una convivencia sin secretos (Jn 15,15) que supere las fronteras que proceden de la religión, clase, sexo y raza (cf. Gal 3,28; Col 3,11; 1 Cor 12,13).

Esta comunión es sagrada. No se puede profanar. Quien abusa de ella en beneficio propio muere para la comunidad. Es la lección del relato de Ananías y Safira (Hch 5,1-11).

3ª Columna: La fracción del pan

Indica la nueva fuente de la vida comunitaria. La expresión procede de las comidas judías, en las que se compartía el pan con los hijos y con los que no tenían nada. La fracción del pan recordaba las innumerables veces que Jesús había compartido el pan con los discípulos y con los pobres (Jn 6,11). Recordaba el gesto del Señor con los discípulos de Emaús, con el que se les abrieron los ojos a la presencia viva de Jesús en medio de la comunidad (Lc 24,30-35).

Significaba, sobre todo, el gesto supremo de "amor hasta el fin" (Jn 13,1), la Eucaristía, "la comunión con la sangre y el cuerpo de Cristo" (1 Cor 10,16), la Pascua del Señor (1 Cor 11,23-27), la memoria de su muerte y resurrección (1 Cor 11,26) que garantiza la vida a los que entregan su vida por los demás.

La fracción del pan se hacía en las casas y en el templo (Hch 2,46; 20,7); era el lugar de la liturgia "en Espíritu y Verdad" (Jn 4,23). Muchas veces la realidad quedaba por debajo del ideal. Pablo

critica los abusos que había en la comunidad de Corinto (1 Cor 11,18-22.29-34).

4ª Columna: Oraciones

Indica el nuevo ambiente de vida comunitaria. Los apóstoles tenían una doble tarea: "la dedicación plena a la oración y al ministerio de la Palabra" (Hch 6,4). Por medio de la oración, los cristianos permanecían unidos entre sí y a Dios (Hch 5,12b) y se fortalecían en el momento de las persecuciones (Hch 4,23-31). La Palabra, la Biblia, era el libro de cabecera, la gramática para poder leer y entender lo que Dios hablaba por los acontecimientos de la vida; la luz que los iluminaba en el camino.

A pesar de seguir una doctrina diferente de la tradicional, no rompían con las costumbres de la piedad del pueblo; continuaban asistiendo al templo (Hch 2,46). Allí era donde la gente expresaba y vivía su fe, e iba para rezar. Los creyentes eran conocidos como el grupo que se reunía en el pórtico de Salomón (Hch 5,12). Gozaban de la simpatía de la gente (Hch 2,47).

Cuando eran perseguidos, rezaban y releían el Antiguo Testamento (Hch 4,27-31). Hacían como Jesús, que, con la oración, se enfrentaba a la tentación (Mc 14,32). De esta forma, provocaban un nuevo Pentecostés (Hch 4,31). La Biblia no era únicamente la luz, sino también fuente de fortaleza.

¿Es posible cumplir este ideal?

El listón que Lucas presenta está muy alto. Parece imposible saltarlo. Él lo sabe. Basta que recordemos el texto de Ananías y Safira (Hch 5,1-11). Entonces, ¿por qué presenta un modelo tan difícil? La experiencia enseña lo siguiente: cuando una comunidad vive aislada de otras, se enfrenta con un ideal así y se desanima. Pero cuando participa con otras comunidades en el mismo proyecto y cuando se encuentran para compartir experiencias, se animan mutuamente. Aunque el listón esté alto, se vence el cansancio y se crea coraje. Un ideal de este tipo funciona como un despertador. Anima a las personas, pues les hace ver que en su vida existen signos y semillas de este ideal. En el libro de Hechos de los apóstoles, Lucas presenta un modelo que ha de asumirse en todas las comunidades. Es una exhortación y una invitación a hacer hoy lo mismo.

La nueva evangelización y el anuncio que hacían los apóstoles

I. La fuente de la nueva evangelización

La nueva evangelización no es cuestión de técnicas de comunicación. Si fuera así, bastaría lanzar un satélite al espacio, entrenar a un puñado de personas y, dentro de algunos años, el mundo estaría totalmente cristianizado. Si los 800 millones de católicos se movilizaran, cambiarían el mundo. Pero el problema no va por ahí.

Evangelizar es revelar el rostro de Dios y hacer sentir que este rostro constituye el bien mayor para la vida humana. "Haz brillar tu rostro sobre nosotros y nos salvaremos" (Sal 80,4). Sólo es posible realizar esa tarea a partir de una nueva experiencia de Dios, dentro de la realidad que hoy nos toca vivir. Sin esta experiencia, las palabras que digamos, por más nuevas que sean, serán viejas, y la evangelización, por más novedosas que sean las técnicas, no será nueva.

Jesús ha venido para revelar el rostro del Padre. "Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre" (Jn 14,9). El rostro de Dios es la luz de la vida humana, la raíz de la libertad. Es la eterna Buena Noticia para el pueblo oprimido. Sin este rostro todo se oscurece. No hay disciplina, ni ascesis, ni organización, ni rito, ni catecismo que puedan sustituirlo.

Quien no lo conoce quizás no sienta su falta. Por eso, ¡hay tanta gente que no lo echa en falta! Vive

bien. Pero quien lo encontró, ya no puede vivir sin Él. El encuentro con Él revoluciona la vida, produce libertad, hace que descubramos lo que está errado en nosotros y a nuestro alrededor, y anima a seguir luchando, para colocar todo en su lugar, como Dios lo quiere. ¿Qué se puede hacer para revelar el rostro de Dios?

II. La dinámica de la nueva evangelización

El anuncio del evangelio que hacían los apóstoles lo describe Lucas en los distintos discursos de los Hechos. Aporta una dinámica que nos ayuda a entender lo que es la evangelización y ofrece pistas para realizarla en nuestros días. Vamos por partes.

1. Los acontecimientos

Los acontecimientos donde Dios se revela están ahí. No dependen de nosotros. Ellos nos retan: el ruido del viento impetuoso (Hch 2,2), la curación del paralítico (Hch 3,10), el coraje de los apóstoles (Hch 4,13), la historia del pueblo de Israel (Hch 13,17-25), la religiosidad de los paganos (Hch 17,22-23). Son hechos que provocan interrogantes y suscitan explicaciones variadas e, incluso, equivocadas: "Están borrachos" (Hch 2,13). Su mensaje no siempre se percibe y necesita que se desvele y se interprete. Hoy también suceden muchas cosas en las que Dios está presente, liberando a su pueblo, pero su mensaje no se percibe o se interpreta mal. Falta una palabra de autoridad que interprete los hechos y revele su mensaje.

2. Una palabra

La palabra de los apóstoles hace uso del sentido común y de la razón y deshace la interpretación equivocada: "No estamos borrachos" (Hch 2,15); "no es magia" (Hch 3,12). Al mismo tiempo, quita el velo de los hechos y "revela" en ellos la presencia de Dios. Es decir, los apóstoles muestran que el hecho se da porque Dios ha resucitado a Jesús y le ha dado la plenitud del Espíritu. El Espíritu Santo, enviado por Jesús, es el que está realizando el acontecimiento: el viento (Hch 2,33), la curación del paralítico (Hch 3,15-16), el coraje de los apóstoles (Hch 4,8.20), la historia (Hch 13,26-31), la religiosidad (Hch 17,23.31). Gracias a la palabra de los evangelizadores, los acontecimientos dejan de ser neutros y comienzan a interpelar a las personas.

3. Un testimonio

La palabra hay que confirmarla con el testimonio de vida de quien la comunica. De lo contrario, no tendría autoridad ni seriedad. No basta con hablar sobre Dios. Hablar de Dios sin testimonio es idolatría. Es necesario que la palabra se encarne en la vida de las personas y que alguien tenga el coraje de sufrir y morir por ella (Hch 5,41; 7,55-59). Así es como tiene credibilidad. De este modo actuaron los apóstoles. Daban testimonio y confirmaban con la vida la veracidad de lo que decían con la boca. El estribillo es siempre el mismo: "Nosotros somos testigos" (Hch 2,32; 3,15; 4,20; 5,32; 13,31). Hoy sucede lo mismo. ¡Tenemos el testimonio de tantas personas que entregaron su vida!

4. Un proyecto

Además, los hechos, interpretados por la Palabra y confirmados por el testimonio, se presentaban como respuesta de Dios a la larga espera del pueblo. Los apóstoles mostraban que todo sucedería conforme al proyecto de Dios, descrito en la Biblia. Por ese motivo, siempre insistían en que las cosas sucedían "según las Escrituras" (Hch 2,16.25.34; 3,18.22; 4,11; 13,32-39). ¡Se cumplían las promesas que había hecho Dios a los antepasados! Los acontecimientos se transformaban en Buena Noticia para el pueblo a través de la palabra de los apóstoles. Cuando Pablo habla a los gentiles, no invoca el Antiguo Testamento de los judíos, sino el "antiguo testamento" de los gentiles, es decir, citaba frases significativas de la cultura griega (Hch 17,28). Lo mismo sirve para nosotros.

Los acontecimientos que suceden hoy también forman parte de un proyecto más amplio. Se sitúan en una historia de promesas y de esperanzas del pueblo al que pertenecemos. ¿Nos damos cuenta de la presencia de Dios en nuestra historia? ¿Cómo podemos invocar hoy nuestro "antiguo testamento"? ¿Cómo podemos inculturar la Buena Noticia de Dios?

5. Una llamada

Finalmente, los apóstoles sacan conclusiones y muestran cómo los acontecimientos interpelan a las personas. No temen cuestionar la conciencia de los oyentes: Dios resucitó a Jesús, "a quien vosotros matasteis" (Hch 2,23-24; 3,13-15; 4,10; 13,27). Piden un cambio de vida, a veces de manera explícita (Hch 2,38-40; 3,19-20; 13,38-41; 17,30-31); otras de manera implícita (Hch 4,11-12.19-20). La llamada de Dios no viene de un discurso bien elaborado; viene de un hecho real, observado por todos, cuyo velo ha sido rasgado por las palabras de los apóstoles. La llamada es el objetivo del anuncio. ¿Cómo puede hacerse hoy de manera que no sea un discurso moralista, sino que provoque un cambio radical de vida y actúe en las motivaciones más profundas de las personas? El Evangelio no es una doctrina ni una moral, ni un catecismo; es la presencia amiga de Yavé, Dios liberador, en la historia.

III. Resumen

Esta sucesión dinámica se puede encontrar en casi todos los discursos de los Hechos de los apóstoles. La persona que quiere anunciar la Buena Noticia debe:

- 1) Mirar la realidad, la situación del pueblo, los acontecimientos que suceden. Allí es donde están las semillas del Reino que se deben revelar y anunciar por la palabra.
- 2) La Palabra no es un discurso ni una conferencia. Es una palabra amiga y llena de autoridad que hace que el otro crea.
- 3) Es palabra de autoridad no por causa del poder o de la función que la persona ejerce. Lo es por causa del testimonio de su vida. Vive lo que dice, encarna lo que anuncia.
- 4) Pero la fe no nace sólo por causa del testimonio, sino porque la gente siente y percibe que este anuncio hace realidad una larga espera, responde a un deseo, completa lo que falta en la vida.
- 5) Sólo de esta manera la persona que anuncia puede pedir conversión en nombre de Dios y de Jesucristo.

Finalmente, no hay que olvidar que, en los Hechos de los apóstoles, toda esta dinámica de la acción evangelizadora está animada en su interior por la acción del Espíritu Santo. Está en el comienzo, en el medio y al final. Sin Él nada se puede hacer. ¡Sin Él no hay evangelización!

Espiritualidad en el conflicto

Por "espiritualidad en el conflicto" entendemos la capacidad de transformar el propio conflicto, la crisis, las tensiones, la oscuridad, en fuente de fe, esperanza y amor. Como Jesús hizo con la samaritana: le señaló la fuente que tenía dentro (Jn 4,13-14). Como hizo con los discípulos de Emaús: transformó la cruz en signo de vida (Lc 24,13-35). ¿Cómo se puede vivir el conflicto de tal manera que sirva para el crecimiento y madurez personal, para el anuncio del Evangelio y para profundizar en nuestra misión como cristianos en la situación y realidad concreta que nos toca vivir?

I. El gran conflicto y los pequeños conflictos

Si miramos la historia de la humanidad, vemos un gran conflicto: la lucha por la defensa de la vida. Dicho conflicto no está aislado, sino encarnado en otros más numerosos que conocemos y vivimos en el día a día. En relación con el gran conflicto, nadie duda de la posición que se debe tomar. El problema aparece cuando se trata de posicionarse ante las crisis que ocupan el 90% de nuestra vida. El gran conflicto, que es muy claro y evidente, desaparece como la sal en la comida cuando se concreta en los conflictos cotidianos. Por ejemplo, es difícil tener una postura definida ante un enfrentamiento de dos personas de la misma familia, en una manifestación de protesta, en una huelga ilegal, etc. El gran conflicto pasa por los conflictos personales, se encarna en ellos y con ellos busca soluciones. Lo importante es vivir el grande a la luz del pequeño y el pequeño a la luz del grande. El peligro está en separar los dos, porque nos alienamos. El micromundo de la persona tiene la misma estructura que el macromundo de la sociedad. En los dos existen el opresor y el oprimido.

Todo lo que hemos dicho provoca muchas preguntas. ¿Cómo mantener una posición cuando nosotros mismos reconocemos que el otro puede tener alguna razón? ¿Cómo mantener una posición firme sin tener una seguridad total? ¿Cómo impedir que las dudas paralicen nuestra acción? No es fácil responder a estas cuestiones. ¡Es lo mismo que preguntar cómo la oscuridad puede ser luminosa!

II. Algunas luces que nos vienen de las primeras comunidades

1. Saber relativizar sin perder la convicción

Nadie es dueño de la lucha, ni está al volante de la historia. El dogmatismo y la intolerancia, política o ideológica, impiden el diálogo, destruyen la libertad, ciegan a la persona e impiden el descubrimiento de la verdad que hay en el otro.

En este punto la Biblia nos da una lección. Guarda una gran variedad de tradiciones, muchas contradictorias y conflictivas entre sí. Por ejemplo, Pablo insiste en la salvación por la fe y no por las obras (Rom 4,1-25). Santiago dice que la fe sin obras es una fe muerta (Sant 2,14-25). Entonces, ¿para la Biblia todas las opiniones son buenas? ¡No! En la Biblia, la verdad no es excluyente, sino que es tolerante. No coacciona, sino que se ofrece. No es fruto de la imposición, sino del descubrimiento progresivo. No procura vencer, sino convencer.

2. Saber armonizar las dos luchas: la social y la personal

A veces, las personas se desintegran porque no prestan suficiente atención a lo que pasa dentro de ellas mismas. No llegan a una entrega madura, porque no se conocen. El primer conflicto básico al que hay que enfrentarse es la aceptación de sí mismo con todas las limitaciones, por más dolorosas que sean. De lo contrario, la persona puede fracasar en su vida y ser la causa del fracaso de otros. La historia nos ofrece algunos ejemplos (cf. 2 Sm 11,2-24).

Un conflicto personal bien vivido nunca es sólo personal. Pablo vivió un conflicto personal muy grande (cf. Rom 7,14-24). Vivió en la propia piel el conflicto con su pueblo. Cuando encontró la solución para sí, la encontró también para el pueblo. La vida personal debe ser una muestra de aquello que la persona quiere realizar en los otros.

3. Profundizar las motivaciones más allá de la conciencia crítica

No basta tener conciencia crítica para poder enfrentarse con el conflicto. Es necesario tener instrumentos que la hagan operativa, aunque sea de manera imperfecta. Si no sucede así, conducimos a las personas a la desesperación, pues el sistema en el que vivimos está tan perfeccionado que ya no tiene miedo de la conciencia crítica. Ya no recurre a la censura para mantenerse. Se permite cualquier clase de información. En muchas personas, la conciencia crítica

produce un sentimiento de impotencia que las paraliza y llegan a decir: "¿Qué puedo hacer para remediar la situación del mundo?". Existe una cierta saturación de información. Se oye decir: "Basta de análisis de la realidad. Ya sabemos todo eso".

Algo semejante aconteció con Pablo: pensaba que podía convertir a los habitantes de Atenas con su análisis y sus argumentos (cf. Hch 17,16-31). Fracasó (cf. Hch 17,32-34) y se desanimó. Se recuperó cuando descubrió la fuerza y la sabiduría de la cruz en la periferia pobre de Corinto (cf. 1Cor 1,17-2,5).

4. Saber mantener la firmeza sin perder la ternura

Sin firmeza es imposible conducir la lucha hasta el final. Firmeza, sin embargo, no es sinónimo de dureza. Muchas veces, la dureza es apenas un disfraz que esconde la falta de firmeza. La fuerza bruta es el arma de los desesperados. Vence, pero no convence. En la firmeza debe existir la ternura. El otro debe sentir que, a pesar de la crisis, nadie lo rechaza. Debe sentir que tiene el derecho de existir y que nosotros reconocemos ese derecho. La firmeza que nace de la fuerza del amor y de la gratuidad es mayor y más amplia que la divergencia que separa y divide.

Esta firmeza es la que tiene Jesús. No se imponía por la fuerza, sino por el testimonio de su vida y por la gratuidad en el amor a las personas. Cuando todavía éramos pecadores nos amó y se entregó por nosotros (cf. Rom 5,8; Gal 2,20; 1 Jn 4,10.19). ¡No vencía, sino que convencía! La causa que defendía no dependía de una victoria alcanzada por la fuerza. Su firmeza era reconocida por los pobres que decían: "Habla con autoridad" (Mc 1,27). "¡Todo lo ha hecho bien!" (Mc 7,37).

5. Saber caminar y luchar en comunidad

Nadie soporta el conflicto solo. Los otros nos vencerían por el cansancio. La soledad mata. Participar en grupos y comunidades es la mejor manera de neutralizar el proceso de masificación o de individualismo en el que nos vemos inmersos en la sociedad de hoy. Es muy importante tener momentos de revisión para evaluar la manera que tenemos de enfrentar las tensiones. Una revisión que, al mismo tiempo, hace análisis de la coyuntura y se fija en la condición personal de cada uno.

Los primeros cristianos tenían encuentros en los que procuraban revisar su marcha (cf. Mt 18,15-18). En las horas difíciles de la persecución se reunían para rezar y animarse mutuamente (cf. Hch 4,23-31). Por medio de sus cartas, Pablo ayudaba a las comunidades a evaluar los problemas y a no perder el rumbo del camino. El propio Jesús hacía evaluación con sus discípulos (Lc 10,17-20; Mc 6,31).

6. Saber tener racionalidad y astucia suficientes

Es muy importante tener criterios precisos de análisis de la realidad. No hay que ser ingenuo. Hay que saber desenmascarar los engaños de la ideología dominante. Sin la racionalidad es imposible encarar los conflictos. Ella nos permite tomar una cierta distancia para ver la situación con objetividad. Es importante que la racionalidad o conciencia crítica se comparta en comunidad y que se la acompañe con una práctica, aunque sea mínima, para evitar que la exagerada información crítica conduzca a las personas a la desesperación.

Jesús recomienda que seamos sencillos como palomas y astutos como serpientes (Mt 10,16). Sabía cómo comportarse en los momentos de conflicto. Practicaba lo que enseñaba. No perdía la calma en las discusiones. Sabía responder y argumentar (Mc 2,23-26). No tenía miedo a poner el dedo en los puntos débiles del adversario (Mc 3,1-6; 7,6-13). Era vivo y descubría las artimañas de sus enemigos (Jn 8,6; Mc 12,15). Nunca salió mal parado de una discusión (Mc 11,27-33). Cuando era necesario, huía y se escondía (Jn 11,53-54; 10,39), pues Dios manda ser bueno, pero no bobo.

7. Saber situar el conflicto actual en el conjunto de la marcha

Muchas veces perdemos de vista el conjunto del camino que hemos emprendido y tomamos decisiones urgidos por la inmediatez. Una cosa es vencer la batalla, y otra es vencer la guerra. Hay mucha gente que se acomodó después de haber alcanzado la victoria, por no tener una visión de conjunto. El pueblo hebreo se desanimó en el desierto y tenía nostalgia de la comida de Egipto (Éx 16,3). La inmediatez ha hecho muchos estragos.

Jesús tenía una visión más amplia: "Lo que estoy haciendo, Pedro, tú no lo puedes comprender ahora; lo comprenderás después" (Jn 13,7). Ayudó a los discípulos de Emaús a superar la crisis situando la cruz en el contexto más amplio de la historia (Le 24,13-35). Pablo hace lo mismo cuando sitúa la tensión con los judíos en el conjunto más amplio del proyecto de Dios (Rom 9-11).

8. Saber que nuestra lucha es la lucha de Dios

La frase es de David en el momento de enfrentarse con Goliat (1 Sm 17,45-47). Pablo expresa la misma convicción: "Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?" (Rom 8,31). Esta certeza da a la persona un sentimiento de victoria aunque fracase y sea crucificada.

Es necesario profundizar la dimensión mística de la lucha. Sólo ella es capaz de ofrecer una motivación suficientemente fuerte para atravesar el desierto durante cuarenta años y llegar a la tierra prometida. Caminar en el conflicto exige mucha renuncia. Todo lo que antiguamente se hablaba sobre la ascesis debe ser releído teniendo en cuenta este objetivo. Aquí también se debe valorar todo aquello que los místicos relatan respecto al combate personal de cada uno como una noche oscura. Nos ayudan a ver "la noche oscura de la gente y la madrugada de la resurrección".

9. Saber que el amor de Dios es mayor que nuestra debilidad

Es muy importante que la persona se sienta bien en medio de los que están en el mismo barco. Pero no siempre es posible. En ocasiones, tiene la sensación de estar perdiendo el tiempo, de ser débil y voluble, de no servir para nada, de haber perdido una oportunidad, de haber ofendido al otro. No siempre es posible agradar a todos y vivir reconciliado con todos. ¿Qué se puede hacer?

Es necesario sentirse amado por un amor mayor que la propia flaqueza. ¡Es el amor de Dios! El amor de Dios nos hace sentir en cada momento que la vuelta siempre es posible y que nunca podemos estar en una situación en la que sea imposible participar del combate con los otros. La Biblia nos recuerda el caso de Pedro, que consiguió creer en el amor, lloró y se arrepintió. Judas no lo pudo hacer y se perdió. Perdió el sentido de la vida y de la propia lucha. Pablo dice: "Dios me amó y se entregó por mí" (Gal 2,20). "Él nos amó primero" (1 Jn 4,19).

10. Tener algunos criterios básicos para la espiritualidad en el conflicto

Hay valores a los que nunca podemos renunciar y que nos orientan en las decisiones:

- La defensa de la vida humana, creada por Dios. Es el valor supremo.
- La opción por los pobres y excluidos. Es la opción que marcó la vida y la actividad de Jesús.
- No querer acaparar en exclusiva las situaciones de enfrentamiento. No somos dueños de la historia, sino apenas servidores.
- La defensa de la Alianza y de los derechos de los pobres. Es lo que ha marcado la actividad de todos los profetas.
- No permitir que la imagen de Dios sea manipulada. No transformar al Dios liberador en un ídolo.

SEGUNDO BLOQUE. LA PALABRA SE HACE CAMINO (Hch 6-15)

"Fue anunciando la Buena Noticia en todas las ciudades" (Hch 8,40)

BREVE HISTORIA DE LOS COMIENZOS DE LA IGLESIA

El objetivo del libro de los Hechos es relatar a las comunidades cristianas los inicios de la Iglesia desde una perspectiva histórico-teológica. Por detrás de las acciones de sus principales protagonistas se nota la intervención del Espíritu Santo. Se trata de lo que él realiza a través de los misioneros. La Palabra se hace camino.

1. De Jerusalén a Antioquía

En esta parte (Hch 6-15) tenemos la expansión progresiva de la Iglesia, que, naciendo en el seno del judaísmo y estableciéndose inicialmente en Jerusalén (Hch 6,6), se extiende ahora por Judea, Samaria y Galilea (Hch 9,31). Va hasta Damasco y Siria, más concretamente hasta Antioquía (Hch 11,19). Rompe los límites del judaísmo y cumple con su vocación universal.

Inicialmente, el autor de Hechos cuenta la institución de los Siete, considerados como diáconos (Hch 6,1-7). A continuación muestra cómo los cristianos se sienten perseguidos por los judíos de Jerusalén (Hch 6,8-15) y salen después a predicar a otros lugares de Palestina y de Siria (Hch 8,1.4;11,19). Se destaca la amplia narración del martirio de Esteban (Hch 7,1-60). La presencia de Saulo, luego "Pablo", sobresale entre los que estaban presentes en el momento del asesinato (cf. Hch 7,58; 8,1.3). La actuación de Felipe en el anuncio de la Buena Noticia en Samaria (Hch 8,4-25) y la evangelización del funcionario etíope (Hch 8,26-39) muestran la expansión progresiva de la Palabra. Se narra después la vocación de Pablo, y Lucas lo hace en tres ocasiones (Hch 9,3-16; 22,5-16; 26,9-18) para subrayar la importancia que tiene en el nacimiento de la Iglesia. El episodio de la curación del paralítico (Hch 9,32-35) y el de la resurrección de Tabita (Hch 9,36-43) destacan a Pedro, figura central en la primera parte del libro. Después cederá el lugar a Pablo (Hch 10,1-11,18). Pedro admite en la Iglesia a un pagano. Este acontecimiento lo utiliza el autor para elaborar la fundamentación teológica del universalismo eclesial.

La llegada de la Palabra a Antioquía y la conversión de los griegos (Hch 11,19-26) muestran el camino de la Palabra. Con la narración de la prisión de Pedro y su liberación (Hch 12,1-19) concluye el ciclo de este apóstol en el relato. Tendrá una entrada fugaz, pero importante, en el Concilio (cf. Hch 15).

Comienzan los primeros viajes misioneros (Hch 13-15), donde se narran las actividades del equipo misionero en Asia Menor. Sobresale la oposición creciente de los judíos (cf. 13,45-50; 14,19; 15,1-2) y la adhesión de los paganos al mensaje cristiano (Hch 13,46-48). Pablo aún realiza algunas acciones que provocan reacciones diversas (Hch 13,8-12; 14,8-18). El Concilio de Jerusalén (cf. Hch 15), corazón del libro de los Hechos, concluye este bloque narrativo.

2. Rumbo hacia una Iglesia para el mundo

La Palabra hace camino desde "Jerusalén hasta los confines de la tierra". Con los capítulos 6 y 7 el autor elabora la disolución de la "iglesia de Jerusalén" y vislumbra la misión de los helenistas. Ellos serán los principales protagonistas de la difusión de la Palabra en Samaria y en Antioquía.

La narración del martirio de Esteban resalta una ruptura en el camino de la Palabra: por un lado, la

insensibilidad de los jefes religiosos de Israel y, por otro, la existencia de destinatarios mejor dispuestos para acogerla: los gentiles. La tarea consiste en realizar el programa misionero esbozado por el Resucitado: "...seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta los confines de la tierra" (Hch 1,8).

Son tres las etapas del camino de la Palabra en esta fase de la Iglesia:

1. Felipe, uno de los helenistas, anuncia la Buena Noticia a los samaritanos, el resto del Antiguo Israel (Hch 8,4- 8); después bautiza a un prosélito, es decir, a un pagano que se hizo judío (Hch 8,26-40).
2. Pedro, impulsado por el Espíritu, bautiza a un "temeroso" de Dios, es decir, a un pagano que se adhiere a la fe judía, pero sin adoptar todas sus prácticas. Se trata de un "extranjero" en relación con el pueblo judío, y el contacto con él lleva a la persona a convertirse en impura. Todavía no se ha dejado el judaísmo.
3. Bernabé y Pablo predicán directamente a los gentiles (Hch 13,44-52). En Antioquía, comunidad fundada por los helenistas, hay un cambio en la manera de encarar la misión: ante el rechazo de los judíos, "Pablo y Bernabé dijeron con toda valentía: 'A vosotros había que anunciaros antes que a nadie la Palabra de Dios, pero, puesto que la rechazáis y vosotros mismos no os consideráis dignos de la vida eterna, nos dirigimos a los paganos'" (Hch 13,46). Y cuando dan cuenta de su misión, "reunieron a la comunidad y contaron todo lo que había hecho Dios por medio de ellos, y cómo había abierto a los paganos la puerta de la fe" (Hch 14,27). Termina, de esta forma, la última etapa del camino de la Palabra. Ahora la Iglesia consigue, teológicamente, su mayor dimensión.

Éste es el camino de la Palabra. La Iglesia va descubriendo, en la vida y en los acontecimientos de la historia, la acción del Espíritu Santo y se deja conducir por Él.